

LA ALDEA

En los parajes del norte del mundo, donde el aire es gélido y sobre los bosques predomina el blanco de la nieve durante dos tercios de ciclo solar, la vida es dura y la subsistencia misma exige día tras día un tributo de sacrificio a hombres y bestias por igual. Es allí, donde emplazada al pie de montañas, siempre blancas y entre orgullosas coníferas que se elevan hasta el cielo, se encontraba una pequeña aldea de casas toscas pero sólidas, construidas en recia madera de los árboles centenarios que la rodeaban.

La Aldea, como sencillamente era llamada por sus propios moradores, se hallaba discretamente apartada de cualquier ruta de paso o lugar habitado. No solo por su difícil ubicación, también debido al hecho de que las gentes de los lugares circundantes e incluso de tierras lejanas siempre miraron con recelo a la pequeña villa al opinar que sus habitantes tenían solo la mitad de alma humana. Esto era debido a la extraña afinidad que les unía a la mayoría de los animales, y que para el resto del mundo resultaba incomprensible y hasta sobrenatural.

Los habitantes de la Aldea, conscientes de las posibilidades del don del que disfrutaban, habían hecho buen uso de él y eran conocidos por ser magníficos domadores de casi cualquier criatura que pudiera capturarse viva. No eran muchos, sin embargo, los que osaban visitarles para cerrar tratos, pero eran extraordinariamente buenos en lo suyo y los pocos que se atrevían a depositar su confianza en ellos obtenían a cambio aves rapaces para la cetrería, caballos para el trabajo de la tierra y para la guerra, también perros de caza, pastores o para otras labores. Si bien la doma de este tipo de animales era cosa bastante común en aquella parte del mundo, era bien sabido que los procedentes de la Aldea eran únicos. Sencillamente eran los mejores para las tareas que habrían de desempeñar. Además, resultaba inquietante con qué facilidad domaban no solo animales domésticos, también bestias salvajes eran entrenadas por aquellas gentes como guardaespaldas y aliados en combate. Se sabía que domaban feroces lobos que despedazarían sin reparos a cualquier otro que lo intentase, y había incluso quien aseguraba haber visto osos provenientes de la pequeña villa.

A veces los interesados traían a la Aldea sus propias bestias para obtener adiestramiento y consejo, pues en la Aldea siempre sabían para qué trabajo era más adecuado un animal simplemente observándolo durante un corto

período de tiempo. Los aldeanos eran gentes sencillas y generalmente se cobraban los servicios en pequeños favores, utensilios o alimentos, y solo ocasionalmente aceptaban algunas monedas. Por otro lado, tan solo unas pocas familias vivían en la pequeña localidad, de modo que los animales que destinaban al comercio eran muy escasos. Esto, unido a la extraordinaria fama de su trabajo, hacía que los animales de la Aldea fuesen muy codiciados y mucha gente estuviera dispuesta a pagar auténticas fortunas por ellos, por lo que nunca faltaban especuladores dispuestos a hacer el negocio de sus vidas comerciando con unas pocas bestias.

Nuestra historia comienza poco antes del mediodía de una jornada de invierno, que había concedido un tímido protagonismo al sol tras semanas enteras de nevadas. Su majestad Noes IV, soberano del país de Minas y su hijo, el joven príncipe Kir, llegaban a la Aldea en aquel momento cabalgando sobre sus monturas, escoltados por ocho soldados de su guarnición. Ellos eran de los pocos que osaban hacer tratos con los habitantes de la pequeña localidad, pues sabían del buen hacer y de la cordialidad de sus gentes a pesar de su mala fama.

Tras descabalar de Púrpura, el enorme caballo de batalla negro (el cual por cierto había sido también adiestrado en la Aldea), el rey Noes IV dio las órdenes pertinentes a sus soldados para que se encargaran de las monturas.

—Soldados, atended a nuestros caballos —dijo con voz potente a dos de los escoltas del lado izquierdo, refiriéndose a los animales sobre los que habían venido él mismo y su hijo—. Vosotros —señaló esta vez a su derecha—, id a encargaros del resto. Cuando terminéis podréis descansar. Kir, tú ven conmigo.

Kir ya sabía que tenía que ir con él, y también hacia dónde se dirigían. Iban a buscar a Mados, el cabeza de una de las cinco familias que formaban La Aldea. Los demás eran seguramente tan buenos como él, pero el rey se llevaba especialmente bien con Mados y era con él principalmente con quien hacía los negocios.

Llegaron a la puerta de la casa de recia construcción. Estaba enteramente levantada en gruesa madera en la que se abrían estrechas ventanas para aislar las estancias del frío del exterior. El rey golpeó la puerta con los nudillos de la mano tres veces. Siempre llamaba de la misma manera, un toque primero y tras una breve pausa otros dos golpes seguidos.

—Adelante, Noes —sonó la voz de una mujer. Kir la reconoció como la esposa de Mados, Vina, que abrió la puerta para recibirles. A Noes y a Kir no les

extrañó que Vina hubiera adivinado quiénes eran—. Salud, buen Noes, ¡hola Kir, cuánto me alegro de verte! —La mujer abrazó al muchacho con alegría después de haber hecho pasar a ambos. Vina y Mados tenían la confianza de dirigirse así al rey y a su hijo, confianza que el mismo rey les concedió después de la entrega de su caballo, Púrpura.

—Saludos, Vina, todo bien. La capital prospera adecuadamente —dijo el rey con voz serena.

—Me alegra saberlo —contestó ella con una sonrisa en la cara—. Llegáis a tiempo para el almuerzo. ¿A que queréis un tazón de caldo? —dijo ofreciéndoles a ambos unos humeantes tazones que el rey y su hijo aceptaron gustosos.

Kir miró a Vina mientras vaciaba el cuenco con avidez. Era una mujer de mediana edad, menuda, de constitución fuerte y muy atractiva a pesar de ello. Sus largos cabellos negros estaban recogidos en una graciosa trenza. Kir no recordaba otro aspecto de ella desde que la conocía. Sin embargo, ella no pensaba lo mismo de él.

—Qué grande estás ya, no has dejado de crecer. Tres lunos han pasado desde la última vez que te vi. Hay que ver cómo pasa el tiempo, Kir. Pronto tu padre dejará de ser más alto que tú.

A Kir le encantaba oír eso. Su padre era fuerte y bastante alto, medía casi cuatro medios pasos y había conseguido un gran respeto desde la batalla de Minería. Una batalla en la que los hombres del Este intentaron sin éxito conquistar Minería, la capital del país de Minas, para obtener el dominio de sus recursos.

—¿Qué te trae esta vez por aquí, Noes? Mados ha ido con Zat al bosque, quiere buscarle un compañero de vida. Ya tiene edad para esa responsabilidad. Él también se está haciendo mayor.

—No importa, esperaremos —dijo Noes sonriendo amablemente—, con tu hospitalidad no tengo ninguna prisa. Pero te doy la razón, el tiempo pasa para todos —dijo mirando a Kir, que estaba distraído mirando el camino a través de la ventana.

Vina sonrió melancólica.

—Es verdad. Los chicos crecen y nosotros nos hacemos un poquito más viejos.

—Lleváis bastante tiempo aquí —dijo Noes, adivinando los pensamientos de Vina.

—Trece ciclos ya. Ilina nació al poco de llegar y ya los tiene cumplidos. Fue un viaje muy difícil, con Xina y Rina embarazadas y a punto de dar a luz. Zat nació el ciclo siguiente.

—Y sin embargo, fue una suerte que vinierais.

Vina suspiró, meditabunda.

—Sí que lo fue. Ya lo creo que lo fue.

El breve silencio que vino después fue interrumpido por un entusiasmo Kir.

—Padre, ¿puedo ir a buscar a Zat? Quiero ver a su nuevo compañero de vida.

Los habitantes de la Aldea llamaban *compañero de vida* a un animal al que tenían que cuidar ellos mismos, y que les acompañaría a todas partes ayudándoles, guiándoles y protegiéndoles hasta su muerte. Por lo general solían ser lobos, pero en algunos casos también eran perros, águilas, caballos y en general animales de todo tipo. Normalmente solían morir antes que sus dueños y para entonces estos podrían buscar otro compañero de vida. Su tradición les permitía tener uno cada vez, y solo después de morir este podían hacerse con otro. Las muertes de los compañeros de vida eran tan dolorosas como las de otro familiar, y en las reuniones con los aldeanos se contaba que a veces ocurría que una vez muerto el animal, la persona que estaba a su cuidado se había muerto de pena.

—Vina, ¿puede ir sin peligro? —preguntó el rey.

—Sí, es fácil —dijo ella, para después dirigirse a Kir—. Sigue andando el sendero al norte de la aldea durante un rato y no te apartes de él. Probablemente, antes de que te des cuenta, Niebla te encontrará y te llevará hasta ellos. No tengas miedo por las bestias, los osos hibernan hasta el fin de la estación blanca y los lobos solo cazan al anochecer. Llegarás pronto, no han ido lejos.

—Gracias Vina —dijo Kir feliz.

Kir sabía que Niebla era el compañero de vida de Mados. Lo conoció la primera vez que llegó a la Aldea con su padre, cuando él apenas tenía seis ciclos y el animal acababa de nacer. El nuevo cachorro devolvió a Mados la alegría que había perdido con la muerte de Fauces, su antiguo compañero muerto prematuramente a causa de las heridas recibidas en una pelea contra otro lobo de la Aldea. Con todo, Niebla debía de ser ya algo mayor, pero los animales de la Aldea solían vivir una mitad de vida más que los salvajes o incluso que los domésticos de otros lugares.

Kir salió de la casa y se dirigió, pisando la nieve virgen, al sendero del norte, internándose entre los árboles. Al cabo de un rato, mientras caminaba, unos ruidos de ramas rompiéndose y de rápidas pisadas sobre el suelo nevado lo pusieron sobre aviso y le indicaron que algo se acercaba velozmente hacia él.

—¿Quién anda ahí? —preguntó inquieto en voz alta. No obtuvo respuesta.

Nervioso echó la mano a su daga, aunque sabía que sería un arma insignificante para luchar contra una bestia; a sus catorce ciclos de vida no le estaba permitido llevar espada, honor que solo se concedía a los jóvenes de Minas al cumplir los quince. Quiso tranquilizarse pensando en que Vina le había dicho que no había peligro alguno, pero no pudo evitar permanecer en tensión mientras lo que fuera se acercaba.

El ruido de pisadas y de ramas sonaba cada vez más cerca, y aunque el bosque era demasiado espeso como para poder ver nada, parecía que algo iba a caer sobre él de un momento a otro.

De pronto, un enorme lobo blanco saltó posicionándose delante de él, lo que hizo dar un paso atrás a Kir. Tras el susto inicial, Kir sintió un profundo alivio al reconocer al animal. Era Niebla, el lobo de Mados, que le miraba con una expresión que a Kir le pareció de disculpa.

—¿Niebla? —dijo Kir aún temblando—. Amigo, me has dado un susto de muerte.

El lobo se acercó para saludarle y le lamió y olisqueó moviendo el rabo de un lado a otro. Kir guardó la daga en su vaina.

—Hola, chico, hola, hola —dijo según lo acariciaba. Soltó un hondo suspiro que le inundó los pulmones de aire frío y también de alegría. A su vez, Niebla se alzó sobre él y le puso las patas encima hasta casi tirarlo al suelo, meneando el rabo a una velocidad vertiginosa, estaba claro que lo reconocía. Los animales de la Aldea destacaban por su inteligencia, y aunque hacía tiempo que Kir no iba por allí, Niebla sí le recordaba.

—¿Me llevas junto a Zat y Mados?

El lobo, sin más, se dio media vuelta y saliendo del camino, se internó en el bosque a un ritmo que a Kir, que era bastante ágil y rápido, le costaba seguir, aunque podría soportarlo si la carrera no era muy larga. Niebla de vez en cuando se paraba y miraba hacia atrás para asegurarse de que Kir le seguía. Al cabo de un rato y tras subir una resbaladiza pendiente, el animal se detuvo mirando fijamente hacia un lugar. Cuando Kir llegó jadeando junto al lobo y miró hacia donde el animal tenía clavada la vista, divisó a Zat, un chico un par de ciclos más joven que Kir, muy rubio, que estaba agazapado detrás de un montículo de nieve junto a Mados, haciéndole señas para que se acercara despacio y en silencio. Kir lo hizo con mucho cuidado y saludó susurrando.

—Hola, Zat.

—Hola, Kir, ¿qué te trae por aquí? —susurró Zat, golpeándole amistosamente la espalda, sonriente—. Me alegro de verte.

—Buenos días, muchacho —dijo también en un susurro Mados, despeinando el pelo de Kir a modo de saludo—. Llegas justo a tiempo para ver el espectáculo.

—Buenos días, señor —contestó educadamente para después dirigirse a Zat—. He venido con mi padre. Quiere que tu padre le consiga un reno macho, un jefe de manada o algo así para hacer una granja de renos. Minería crece y hace falta carne, y también más pieles y cornamentas.

—Es una buena idea, Kir, como todas las de tu padre. Sois ya demasiados para ir a cazar renos y alces, y de esa manera los tendréis a todos en el mismo sitio, sin moveros de Minería. Pero eso os va a llevar mucho tiempo.

—Silencio —ordenó Mados en voz baja—, ya salen los cachorros.

De una madriguera que tenían enfrente metida en la tierra en forma de túnel, salió la madre, que olisqueó nerviosa el ambiente. Mados y Zat, que habían previsto esa situación, se habían colocado en contra del viento, de manera que a la loba no le llegara el olor de los tres humanos. Poco después salieron tres lobeznos de diversos colores. Había uno que no estaba creciendo al ritmo de los otros, estaba claro que la comida escaseaba para ellos.

Mados le había dicho a su hijo que aquel era un grupo nuevo. Los llevaba observando una semana, los cachorros debían de tener un luno aproximadamente y al ser solo una pareja no tendrían muchas posibilidades de éxito para un futuro próximo, ya que abundaban los lobos por aquella zona y el territorio estaba muy disputado por las otras manadas que debido a su mayor número de miembros podían cazar presas mayores y expulsar a los osos de sus terrenos. Si Mados conseguía a la cría de color negro, la que estaba más escuálida, no solo le salvaría la vida sino que habría más comida para sus hermanos; estos a su vez podrían crecer más grandes y fuertes que los de otras camadas y en un futuro, con mucha suerte, podrían llegar a constituir un grupo mayor que pudiera cazar presas más grandes que les proporcionaran comida durante más tiempo.

Para hacerse con el que menos posibilidades tenía de sobrevivir, Mados llevaba unos conejos que ofrecería a la madre como ya había hecho en días anteriores. Con ello el macho no tendría que salir a cazar tan a menudo, disminuyendo así la probabilidad de que otros lobos pudieran matarlo, cosa que

dejaría a la camada sin apenas posibilidad de supervivencia. De paso, así se irían familiarizando con él.

—Zat, ¿te gusta el negro? —Mados ya le había comentado a Zat cómo era el lobeño. También le había dicho que se deberían quedar con el pequeño para hacer el menor daño posible al grupo.

—Es precioso padre, le alimentaré para que sea el lobo más grande y le daré cariño para que siempre quiera estar a mi lado. Ya tengo ganas de cogerlo.

—Hijo, recuerda que no es un juguete ni va a ser tu mascota. Va a ser tu compañero de vida, si todo va bien, durante dieciocho o veinte ciclos solares.

—Sí, padre.

—Zat —intervino Kir—, los perros en Minería nunca han durado tanto, suelen vivir entre nueve y once ciclos.

—Ya lo sé, Kir —dijo Zat—, eso es porque los lobos son de naturaleza más fuerte y de constitución distinta a la de los perros. De hecho, cualquier perro en un enfrentamiento con un lobo no tiene prácticamente ninguna posibilidad. Solo los que criaba mi tío Krosta podían hacerles frente. Lo consiguió cruzando ciertas razas de perros y haciéndoles cosas... raras y, aun así, casi siempre tenían algo de lobo. Mi padre me ha dicho que algunos pueden llegar a vivir más de dieciséis ciclos.

Mados escuchó la conversación. Zat y Kir se quedaron mirándole, sabiendo que Krosta no era un nombre aconsejable para mencionar delante de Mados. Krosta era su hermano, al que Mados culpaba de la muerte de Fauces. En la Aldea, matar a un compañero de vida estaba penado con el destierro permanente. Zat, entusiasmado por demostrar lo que sabía a su amigo, no se había dado cuenta del desliz hasta que fue demasiado tarde.

—Callaos —susurró Mados en un tono recriminatorio—, habláis demasiado alto y aunque no nos huela nos va a oír. Y os aseguro a los dos que no os gustará ver el aspecto de la madre si os encuentra, ya que solo me conoce a mí. Ahora estaos quietos y no habléis. Mejor dicho, ni siquiera pestañeéis. Niebla, quédate con ellos —dijo haciendo un gesto con el índice hacia el suelo.

Dicho esto, Mados empezó a susurrar melódicamente algo que Kir y Zat entendieron que para la loba no debía de resultar extraño. Entonces se levantó y mostrando tres conejos blancos en sus manos se dirigió muy lentamente hacia la madriguera. Cuando quedaban unos veinte pasos se detuvo. Los lobos ya le conocían, pero por naturaleza son muy desconfiados y cautos, sobre todo con los humanos. Cualquier otro que no fuera de la Aldea estaría jugándose la vida.

Mados, quieto, esperó a que el macho que acababa de salir de la madriguera y la hembra fuesen hacia él, entonces le olfatearon y después olfatearon los conejos. El hecho de tener restos del olor de Niebla en el cuerpo de Mados podría facilitar el hecho de tranquilizar a los lobos, o quizás no. La hembra tímidamente cogió uno de los conejos que tenía en una mano, parecía que supiera que estaba tomando algo que no era suyo. El macho hizo lo mismo. En un grupo de lobos solo los jefes de la manada pueden comer los primeros y quitar la comida, y Mados aprovechó esta vez el momento en que la loba se llevaba el conejo y se acercó al pequeño cachorro para acariciarlo. Dejó en el suelo el conejo que le quedaba. La madre se quedó mirando a Mados, dudó y después empezó a devorar su conejo, el apetito se impuso al instinto de cuidar a uno de los cachorros que menos futuro tenía de su camada, además, el hombre no era extraño para ellos. El macho estaba dando cuenta del conejo rápidamente, como si se lo fueran a quitar. Mados se dio cuenta de la permisividad de la hembra. Era el momento.

Desde el otro sitio, Zat y Kir observaban absortos los acontecimientos, sobre todo Zat, que memorizaba hasta el más mínimo gesto de su padre para reproducirlo en un futuro. Entonces vio cómo su padre empezó cogiendo al lobeño negro y se levantó muy despacio para después comenzar a caminar muy lentamente de espaldas, con la mirada siempre fija en la loba. Era el momento clave. ¿Dejarían la hembra y el macho que su padre se fuera con el cachorro? ¿Intentarían atacarle? Su padre le había estado comentando los últimos días el procedimiento y algunas de las situaciones que podrían darse. Mados estaba intentando dar a entender a la hembra que a cambio de comida él se llevaría la cría más débil. Esto solo ocurriría si la madre estaba desesperadamente hambrienta.

De pronto la loba empezó a gruñir y Mados se detuvo sin dejar de mirar al animal. La situación se había complicado seriamente, por desesperada que estuviera la madre, y pocas opciones que tuviera el pequeño, seguía siendo uno de los cachorros de su camada. Mados dejó el cachorro lentamente en el suelo pero no dio ni un paso atrás. Muy lentamente, la madre de la cría, sin dejar de mostrar los dientes, se acercó mirando a los ojos de Mados. Cuando llegó a la cría la lamió y la olisqueó.

Los muchachos, desde su relativa seguridad, veían la escena con mucha tensión, sobre todo Zat, que temía por la vida de su padre. Niebla estaba observando la escena con los chicos, silencioso y completamente inmóvil, pero

presto a intervenir si las cosas se torcían. Pero había algo inusual, la hembra no estaba enganchando al cachorro para llevárselo, por el contrario parecía que se estuviera despidiendo de él. Lo lamió varias veces y al instante siguiente se dio la vuelta dejando a su hijo junto a Mados, que tomó de nuevo al cachorro negro. Muy lentamente comenzó a caminar de espaldas hacia donde estaban los niños, sin perder de vista a los lobos ni un instante. Vio cómo la loba cogía con la boca a uno de los lobeznos y lo metía en la madriguera, mientras el macho se llevaba al otro cachorro, y tras hacer lo mismo salió a por el conejo que había dejado Mados en el suelo, para después meterse con la hembra y los lobeznos en la guarida.

Al llegar, Mados les dijo a los chicos que empezaran a andar sin hablar y sin hacer ruido. Cuando ya llevaban un rato caminando, Mados, que estaba viendo cómo Zat y Kir miraban al pequeño lobo que no tenía fuerzas más que para dejarse llevar, habló primero.

—El peligro ya ha pasado, tomad, cogedlo. —Y extendió la mano hacia los chicos.

—Kir, tú primero —dijo Zat.

Kir estaba deseándolo, pero negó con la cabeza.

—No, Zat, es tuyo, cógelo tú primero y luego si quieres déjame que lo acaricie.

—Muy bien. —Cogió al cachorro y notó lo poco que pesaba, debía de estar al límite de sus fuerzas.

—Padre, ¿crees que saldrá adelante? Está muy escuálido, su pelaje engaña bastante y pensaba que estaría algo más gordo.

—Sí, Zat, la competencia con sus hermanos ha debido de ser muy dura, o bien la teta asignada a él tenía poca leche. Ocurre a veces si pasan hambre.

—Señor Mados, ¿es que cada cachorro tiene asignada una teta? —quiso saber Kir.

—A veces así es. De todos modos la madre no debía de tener mucha leche, pues tiene tetas para alimentar camadas más numerosas. Sé que por aquí cerca hay dos manadas de lobos que se respetan entre sí debido a la cantidad de miembros de los que están compuestas, ambas tienen un gran territorio cubierto y aun así cuando invaden el territorio de la otra manada persiguiendo a una presa, se pelean entre ellos y mueren algunos miembros, bien durante la pelea o bien más tarde, por las heridas recibidas. Además, también hay una osa que estaba preñada antes de hibernar. Cuando despierte tendrá un hijo al

que alimentar. Seguro que saben todo esto, les debe de estar costando mucho sobrevivir día a día y casi no se tienen que atrever ni a salir a cazar. Entonces, llegará un día en que la desesperación podrá con ellos y saldrán a cazar una presa más grande que un conejo o una liebre y los cachorros se quedarán solos. Enorme peligro habiendo una osa y estando en el límite del territorio de dos manadas de lobos.

—¿Y qué ocurre con los que acabamos de ver?

—Podría ser que el macho haya sido expulsado de una manada y la hembra de la otra, se encontraron y la hembra se quedó preñada antes de encontrar un territorio libre, y les pilló el momento del parto. Personalmente no creo que tengan futuro. Tal vez sobreviva alguno de los adultos y pueda ser aceptado en alguna otra manada.

Durante el camino hablaron de diversos temas, todos relacionados con animales. Pero Mados tenía una cosa en mente que no iba a poder dejar pasar.

—Kir, ¿sabes algo de Krosta? ¿Está en Minería?

—Sí, señor, allí está, ¿qué queréis saber?

—Qué últimas barbaridades hace.

—Creo que está cambiando. Ya no entrena perros para pelear si a eso os referís, y de hecho está ayudando mucho a los mineros del carbón.

—¿Mi hermano? ¿A los mineros?

—Sí, señor —dijo riéndose—, captura pájaros vivos y los mete dentro de jaulas en las minas de carbón. Les dice a los mineros que si el pájaro muere, salgan corriendo de allí. Desde entonces mueren menos mineros y sobreviven más a los derrumbamientos. También ha entrenado perros para cuando hay derrumbes en las minas o aludes y rescatar a los enterrados bajo los escombros. Mi padre lo tiene contratado para que viva en el castillo y de esa manera pueda ayudar cuando surgen problemas en Minería. El último es la falta de caza, y el cerdo empieza a cansar.

—Sí, las manadas están como si no supieran bien dónde ir. Eso es porque cazáis los ejemplares más grandes y fuertes que suelen ser los jefes de las manadas de renos, caribúes y ciervos, lo que desorganiza a los grupos constantemente.

—Por eso ha venido mi padre. A Krosta se le ocurrió lo de la granja de renos, pero como no puede venir por aquí, ha aconsejado que te lo pidamos a ti ya que sabes cómo hacerlo.

Mados sonrió incrédulo.

—Ahora resulta que mi hermano está utilizando la cabeza. A buenas horas. Bueno, mejor tarde que nunca. La verdad es que el otro día vi una pelea entre dos renos enormes. A uno se le partió un cuerno y esta temporada tiene pocas posibilidades de aparearse, pero para una granja es un ejemplar excepcional y joven. Sí, ese ejemplar os irá bien para ese cometido. ¿Tenéis ya las hembras?

—Sí, varias —contestó Kir.

Después de un rato de caminata llegaron a La Aldea donde estaban esperando a Vina y Noes. Niebla ya había llegado.

—Saludos, amigo Noes —dijo Mados al acercarse al rey.

—Hola, Mados, hola, Zat, veo que habéis conseguido el cachorro —dijo Noes mirando al animal—. No sé cómo os atrevéis con esos lobos salvajes, y encima sin matarlos. Además no los he visto más grandes en ningún sitio, y mira que conozco sitios y he visto lobos. Algún día os darán un susto.

Mados lanzó a Vina una sonrisa cómplice.

—Padre —dijo Kir—, yo lo estaba viendo desde una distancia segura, y aun así tenía miedo. Créeme, ha sido fantástico.

—Te creo, Kir —dijo sonriendo Noes por el entusiasmo de su hijo—, y bueno Zat, ¿estás contento con tu compañero de vida? Parece un poco débil. Por cierto, tú también has crecido, muchacho.

—Sí que lo está —dijo mirando al cachorro—, pero aquí no tendrá que competir por la comida. Madre, ¿qué te parece?

—Es muy hermoso, hijo. Ven, vamos a darle leche y algo para comer cuanto antes.

Kir y Zat fueron tras Vina y dejaron solos a Noes y Mados, quienes entraron en la casa. Mados invitó al rey a sentarse mientras él iba a alimentar el fuego y a servirle un refrigerio.

—Ya me ha contado Kir que quieres un reno, sé cuál te viene bien.

—¿Te ha contado también de quién fue la idea?

—Sí, de Krosta —respondió con disgusto.

—Me pareció una buena idea.

—Lo es. Os vendrá muy bien y dejaréis reponer las manadas, porque las estáis volviendo locas. Cazáis incluso las hembras preñadas.

—Por eso se le ocurrió a tu hermano lo de la granja de renos. Reconozco que es más divertido cazarlos, pero lo estamos haciendo mal, Mados, y no todos tienen dos dedos de frente.

—En cuanto pueda hacerme con él te lo llevaré. Ahora es una buena época para la cría, el invierno está a punto de terminar. Intentaré que lo tengas lo antes posible.

Noes sabía que podía confiar en Mados y que cumpliría su palabra.

—Está bien —dijo—. Dime qué necesitáis a cambio. ¿Alimentos, útiles? ¿Dinero tal vez?

—Nada, gracias, estamos servidos de todo. El invierno ha sido duro, pero hemos sido previsores.

Noes nunca dejaba de sorprenderse ante la poca exigencia de aquellas gentes, a cambio de lo que él consideraba un favor inmenso.

—Ni hablar, Mados. Dime tu precio. Como quieras cobrarte de golpe todos los favores que te debo ya, no sé si podré pagártelos todos juntos.

—Seguro que sí, ya sabes que somos sencillos y prácticamente nada de lo que os pedimos os ocasiona reparo alguno.

—Sí, sí que sois baratos. Es una suerte teneros tan cerca, y mis soldados se juegan acompañarme a los huesos. Seguro que tu mujer ya les ha servido algo ahí fuera. Si estuvieran más tiempo aquí, me los ablandaría.

—Ja, ja, ja —rieron los dos.

Estuvieron un rato más sentados a la mesa mientras el rey le contaba a Mados las últimas noticias de la capital. Pese a la corta distancia, los visitantes eran muy escasos, de modo que en la Aldea no siempre estaban al corriente de lo que sucedía a su alrededor, y con frecuencia ocurría que cuando las noticias llegaban a la Aldea, ya habían recorrido todo el mundo conocido.

Cuando terminaron la conversación, el rey se levantó de la silla, dando la reunión por finalizada.

—Bueno, Mados, nos gustaría poder quedarnos más tiempo, pero es hora de que nos marchemos. Ya sé que estáis cerca, pero queda media jornada de vuelta y no quiero que nos pille este frío de noche.

—Nos vemos entonces cuando tenga al reno.

Salieron fuera donde Kir y Zat estaban jugando con el cachorro que parecía haber recobrado algunas fuerzas.

—Guardias, traed los caballos y preparaos.

Los guardias, que estaban tomando tranquilamente la sopa caliente que les había preparado Vina, se apresuraron al ver al rey y se tomaron de un trago lo que les quedaba. Después fueron rápidamente a obedecer las órdenes. Corrieron con rapidez a por los caballos y uno se quedó recogiendo los cuencos

donde Vina les había servido la sopa, se acercó y se los entregó a ella en mano agradeciéndole su atención de parte de todos. Después miró con cierto rubor al rey y se dispuso a unirse a sus compañeros para echarles una mano, aunque ya se acercaban con los caballos.

Vina miró a Noes sonriéndole.

—Que más te daría que se lo hubieran terminado de tomar tranquilamente. Así les puede sentar mal.

—Créeme Vina, ese soldado se ha ruborizado porque sabe perfectamente que no está permitido aceptar comida salvo que yo les dé permiso, y es más, tú no deberías habérsela ofrecido. Pero hago una excepción por ser vosotros y porque les gusta venir aquí.

—Un momento, un momento, serás el rey de Minas, pero aquí la que manda soy yo. ¿Pretendes decirme que estos pobres muchachos han de marcharse sin comer? ¿Qué clase de anfitriona sería yo? ¡Acabáramos! —respondió Vina, con fingido enfado.

El rey rio con ganas. Le encantaba el carácter de esa mujer.

—Desde luego no me faltan voluntarios que me acompañen para venir aquí. Es más, tengo que desestimar a casi todos o no cubriría todos los puestos del castillo. Me los estás acostumbrando muy mal.

Vina sonrió.

Ya montados en sus caballos, Kir habló.

—Padre, ¿podría invitar a Zat a la fiesta?

Noes se dirigió a Mados, Vina y Zat, que miraban a Kir con expresión interrogante.

—Mi hijo quiere saber si dejaríais a Zat que viniera al castillo para su Rito del Paso, ya que cumple quince inviernos el séptimo día de la semana que viene. Por supuesto estaría bajo mis cuidados. Vendría el primer día y se quedaría la semana entera. Además vienen unos inmortales a observar una cosa extraña en una de las minas y no todos los días se les ve.

Zat escuchó esto y sus ojos parecieron dos platos hondos puestos del revés, el plan entero era perfecto.

Mados y Vina no tuvieron que mirar a Zat para saber qué cara ponía.

—Bueno, eso dependerá de si... —empezó a decir Vina.

—¡Sí, sí, sí! —interrumpió Zat entusiasmado—. ¡Madre, di que sí! ¡Padre, por favor!

Ambos miraron a Zat, divertidos.

—Bueno, Zat, pero sabrás que antes hay cosas que hacer. Tendrás que ayudarme a capturar ese reno para Noes. Así aprovecharemos el viaje.

—Por supuesto, padre, eso está hecho —dijo Zat que no cabía en sí de gozo—. Kir, ¿quieres que se lo diga a Ilina también?

—Sería estupendo, ¿verdad, padre?

—Por mí no hay problema, es tu fiesta y son tus invitados.

Kir recordó a Ilina, la mejor amiga de Zat e hija de Canos y Xina; era la familia con la que su padre negociaba para conseguir aves rapaces para la caza y como mensajeras.

—Entonces ya está decidido —dijo Kir.

—Mados, si quieres, no hace falta que vengas —dijo el rey—; es decir, mi castillo es vuestro castillo para lo que queráis y siempre seréis bienvenidos, pero si preferís quedaros y si Zat puede encargarse del reno, yo enviaría a Kir con algunos guardias para recogerlo. El camino es seguro.

—Me parece buena idea, Noes. Cuando venga tu hijo con la guardia, mi hijo se irá contigo, Kir, y os llevaréis el reno.

Dicho esto, Noes dio la orden a sus soldados, y con una voz, los caballos se pusieron en movimiento.

—Hasta pronto, amigos. Nos veremos en unos días. Y gracias por vuestra hospitalidad.

Zat les saludó con la mano.

Siete amaneceres más tarde llegó Kir con los mismos soldados que la semana anterior, aunque esta vez sin la compañía de su padre. Zat estaba esperándole en el borde del camino acompañado de Cris, Kromar e Hina, otros niños de la Aldea, que jugaban con Niebla y con el cachorro que en tan pocos días había mejorado notablemente y al que ya no se le notaban las costillas. Vina también estaba fuera con Ronda, su águila compañera de vida, que estaba posada en una rama. Mados salió en busca de Kir tan pronto como oyó los caballos llegar.

—Hola, Kir, ¿qué tal el viaje? —dijo Mados alzando la mano a modo de saludo.

—Muy tranquilo, gracias, señor Mados. Hola, señora Vina, hola, Zat, ¿cómo está tu cachorro?

—Muy bien, fíjate qué aspecto tiene ya. Ilina me dijo que fuera a buscarla cuando llegaras, que también vendría —respondió Zat a su amigo—. No sabes lo contenta que se puso cuando se lo dije. Ha estado toda la semana bastante nerviosa.

—Estupendo —dijo sonriendo—, lo pasaremos genial, ya verás. —Al decir esto, vio cómo los demás niños le miraban con cierta envidia por no haber sido invitados.

—Kir —pidió Mados—, voy a necesitar tu caballo, es el único preparado para tirar de un carro.

—¿Es tuyo, Kir? —preguntó Zat, admirado.

—No, yo aún no tengo un caballo propio. Es de las cuadras de mi padre. ¿Para qué el carro, señor Mados?

—Para llevar el reno, ya lo tengo preparado. Venid tú y Zat.

Ambos siguieron a Mados, mientras los soldados desmontaban y saludaban a Vina que ya traía algo caliente para ellos.

—Niebla, busca a Ilina —dijo Zat. Niebla, que miraba fijamente a Zat pendiente de su voz y sus gestos se dio media vuelta en busca de la muchacha.

Cuando llegaron al pequeño establo, Kir vio al reno y comprobó que le faltaba un asta como Mados había comentado la semana anterior. Era un ejemplar bastante grande pero parecía joven. Sus crías también serían muy grandes.

—Aquí lo tienes, lo tenemos que meter en el carro jaula, tal vez nos venga bien la ayuda de tus soldados, Kir.

—Ningún problema, señor Mados.

—Una vez en el carro no tendréis ningún problema para llevarlo a Minería. De todos modos, ¿cómo haréis para tener una granja de renos que os dé de comer en poco tiempo?

—Bien, señor, la idea no es nueva. Como vos ya sabéis, lo del reno se le ocurrió a Krosta pero también nos haremos con alces y ciervos. De esos se encargó vuestro hermano que además les da unos alimentos que elabora él mismo, gracias a eso crecen muy rápido y se hacen enormes. También tienen una zona muy vasta y delimitada para que puedan pastar sin problemas, pues no quedan lobos por los alrededores desde la batalla. Krosta se hizo con todos los lobos de esa zona y les está dando diversos usos para que nos sirvan. Sé que no os gusta demasiado la idea, señor, pero la verdad es que es mejor tener los lobos de nuestro lado que en nuestra contra, o habría que matarlos

indiscriminadamente para proteger las granjas de los renos, ciervos, alces, cerdos y aves de corral. En unos cuantos ciclos podríamos tener una gran cantidad y variedad de animales.

—Ya entiendo la idea, Kir. Fijaos, Ilina ya debe de andar cerca porque está Parda sobrevolándonos.

Al poco aparecieron Ilina y Niebla. Ilina venía corriendo con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

—Hola, señor Mados; hola, Zat; hola, príncipe Kir —dijo sonriéndole.

—¡Hola, Ilina! —contestaron los tres al unísono.

Kir se ruborizó al verla. Ilina era solo un ciclo menor que él, pero su anatomía y su fisonomía habían cambiado. Ya no parecía una niña, su cara ahora se había alargado y ya no era redondeada, sus pómulos ligeramente colorados por el frío resaltaban de las mejillas y los labios eran más carnosos. Su cuerpo también se había estirado y su figura comenzaba a adquirir formas redondeadas. Aquello fue lo que más le impresionó a Kir, que esperaba ver a una niña como la última vez.

Claro, que estúpido, ¿acaso creía que iba a ser una niña indefinidamente? Sus observaciones se habían parado en el pecho de Ilina, lo que le sacó de sus pensamientos de inmediato, y levantó la mirada gritando en silencio. «¡Que no se haya dado cuenta, que no se haya dado cuenta, por favor!». No sirvió de nada, ella también se ruborizó al reparar en la mirada de Kir.

Acto seguido y para romper esa incómoda situación, Ilina silbó y la majestuosa ave se inclinó haciendo un picado hacia ellos, sin abrir las alas hasta el último momento, cuando ya parecía que no le daría tiempo a parar y se iba a estrellar irremediablemente, pero con un alarde de técnica y habilidad, posó sus garras sobre la baranda del redil.

—¿Os ha gustado? Se lo he enseñado yo.

Parda era majestuosa en sí, medía aproximadamente un paso de altura y con las alas abiertas su envergadura era de casi dos pasos, su pico grande y curvado daba miedo, las patas también estaban cubiertas de plumas a diferencia de otras rapaces.

—No está mal, Ilina, pero un día te vas a quedar sin Parda como siga apurando tanto.

—¿Has visto qué grande está ya? —dijo a Kir con voz infantil.

Kir no estaba tan pendiente del ave como de la chica.

—Sí, es impresionante, menudo cambio. Tú también has cambiado, has... crecido bastante.

Ilina se volvió a sonrojar un poco.

—Igual que tú, ya no estás tan delgadito. Ahora se te ve más fuerte.

—Sí, eso es porque mi padre ya me está haciendo entrenar con los soldados.

Kir siempre había sido muy delgado pero espigado, ahora que entrenaba muy duro sus espaldas habían empezado a ensancharse y en sus brazos empezaba a definirse la musculatura.

—Ya se nota —dijo la muchacha sonriendo con algo de rubor todavía.

Zat y Mados que miraban la escena se miraron y sonrieron de manera cómplice.

—Bueno, chicos —dijo Mados cortando la conversación—, tenéis un largo camino y todavía hay que cargar el reno. Kir, ¿puedes pedir a tus soldados que nos echen una mano?, ya se habrán tomado lo que les haya servido mi mujer.

—Sí, señor Mados. —Estaba encantado de que Mados le hubiera pedido eso, así vería Ilina cómo los soldados le obedecían.

—Zat, Ilina, ¿me ayudáis a traer el carro?

—Por supuesto —contestaron los dos.

—Ilina, ¿puedes hacer que Parda se encargue de Carbón? —dijo Zat.

—¡Ah! ¿Ya le has puesto nombre, Zat? —observó Kir.

—Sí, se lo he puesto porque vamos a Minería y porque es totalmente negro.

—Qué bien, le viene que ni pintado.

Ilina miró a Parda y le habló en voz baja.

—Parda —dijo a la rapaz, luego señaló al cachorro—. A casa de Vina.

Parda agarró suavemente a Carbón con sus enormes garras antes de que el animal se diera cuenta de que había sido despegado de los brazos de Zat, y salió volando hacia la casa de Vina con el estupefacto lobezno colgando de sus patas. Acto seguido Ilina y Zat fueron a por el carro.

Cuando volvieron con él al redil, Kir ya estaba con los soldados esperando. Después, entre todos ayudaron a meter el reno, con cuidado para no dañarle, pero con firmeza, ya que el animal era realmente imponente y su fuerza descomunal.

Montados todos los soldados ya en los caballos, no quisieron marchar sin dar antes las gracias por la hospitalidad a Vina. Aunque ella no lo sabía, ya se había ganado el respeto entre toda la tropa de Minería. El soldado que estaba al mando se dirigió a ella en nombre de todos.

—Mi nombre es Estur, señora, os doy las gracias de corazón por vuestra bienvenida y vuestra hospitalidad en nombre de mis compañeros y en el mío propio.

—No las merece, es poco en comparación con el favor que tenéis que hacer vos ahora por Mados y por mí. Llevad a los chicos sanos a su destino —dijo Vina.

—Pondremos nuestra vida en ello, señora, pero no debéis preocuparos. El camino es seguro y solo hace un poco de frío, una vez en el castillo los chicos estarán calientes y cómodos.

—Os lo agradezco de veras, soldado.

—Para vos, señora, solo soy Estur, vuestro humilde sirviente.

—Lo tendré en cuenta, soldado Estur —dijo riendo Vina, manteniendo a pesar de ello el formalismo.

Después miró hacia donde estaba Kir y se dirigió a él.

—Kir, hemos estado hablando Mados y yo y si no hay impedimento por tu parte ni por la de tu padre, nos gustaría pasar por allí el día de tu fiesta. Hace mucho que no cambiamos de aires.

Kir, que ya estaba montado en el carro con Ilina y Zat a su lado, contestó.

—Señora Vina, será un placer teneros en el castillo y como dijo mi padre, está a vuestra disposición para lo que necesitéis.

Vina le sonrió.

—Gracias, Kir.

El chico le encantaba. Los modales del joven príncipe tenían poco que ver con los de las gentes del este o del sur. En Minería eran más bien refinados en sus formas ya que ocasionalmente establecían contacto con los inmortales y ese tipo de cosas se evidenciaban por sí solas.

Vina se acercó y besó a los tres chicos. Luego se dirigió a Zat.

—Hijo, pásatelo bien y no te olvides de cuidar del cachorro.

—Sí, madre. Adiós, padre.

—Adiós, chicos. Que disfrutéis.

Mados y Vina se quedaron mirando cómo se alejaba el carro hasta que se perdió de vista.